

## LOS GUADALQUIVIRES

Por LORENZO POLAINO ORTEGA

Atendiendo a una invitación reiterada de mi buen amigo y compañero de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, el Catedrático de la Universidad Hispalense, Excmo. Sr. D. Francisco Morales Padrón, que me honra para colaborar en el boletín de la Docta Casa, trataré de hacerlo con más retraso que hubiera sido mi voluntad, pero con la diligencia que me permite mi precario estado de salud, que algo y aún algunos, justificará mi demora, de la que por adelantado pido perdón.

Me da el tema de mi colaboración el libro publicado por la Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, a fines del pasado año, titulado «Los Guadalquivires», en plural su titulación.

Dicha Confederación, para conmemorar el medio siglo primero de su fundación, con data de 1977, ha publicado un bello libro no venal, que, a mi modo de ver, es una forma de hacerlo más perdurable que las lápidas o monumentos de duras piedras. El libro de referencias tiene un gran formato, de 31 x 29 centímetros, con 600 páginas con texto literario, muchas y bellísimas fotografías, en color, alegorías, buenos dibujos, abundantes mapas a varias tintas, todo ello impreso con caracteres tipográficos del cuerpo ocho, sobre un magnífico papel a doble tono, y fue realizado por «Gráficas del Exportador», de Jerez de la Frontera; está admirablemente encuadernado con pastas rojas y título y alegorías en panes de oro. Con anterioridad, la misma Confederación había publicado otro libro, en dos tomos, titulado «El Guadalquivir», cuya gráfica árabe para el título le había facilitado yo, en cuyo

libro sólo se afrontaron los aspectos técnicos del tema, y de tal libro, del que se me obsequió con un ejemplar, se había impreso y encuadernado lujosamente, también en 1977, y en los talleres de la mencionada imprenta de Jerez de la Frontera.

Para este libro de ahora, el ingeniero director del organismo editor, don Mariano Palancar Tenella, escribe una breve pero ilustradora presentación de la obra, indicando la finalidad conmemorativa indicada de su edición.

El libro está compuesto por un verdadero equipo, en el que no menos de dieciséis autores —ingenieros, profesores, licenciados, etc.— configuran y laboran en la parte literaria, y hasta una docena de artistas aportan sus colaboraciones personal y gráfica, además de diversos organismos idóneos, bajo la dirección y coordinación de don Manuel Rus Vázquez y don Víctor M. Galera Núñez.

La obra está estructurada en seis grandes apartados: aspecto histórico-geográfico del Guadalquivir y sus afluentes; el Guadalquivir desde el nacimiento a su desembocadura; las rías del Guadalquivir; la biota del Guadalquivir y su cuenca; geología de la cuenca del Guadalquivir, e hidrografía del Guadalquivir. Estos apartados están complementados con un epílogo sobre «La Andalucía del Guadalquivir y su Confederación Hidrográfica», una antología poética distribuida entre las diferentes partes del conjunto, más la bibliografía en que se fundamenta la obra.

Ya una primera, aunque no superficial, lectura de este libro de ahora, según mi parecer, me permite distribuir su contenido, según la clasificación geheliana, en dos partes: una enseñoreada por las ciencias del espíritu, primer apartado y antología poética, y la otra escrita bajo el signo de las ciencias de la naturaleza, que componen el resto del texto escrito. Como yo no tengo conocimientos especializados suficientemente para encararme con la crítica de esta segunda parte, que «prima facie», me parece muy buena, lo que me confirman juicios oídos sobre ella a prestigiosos ingenieros, dejo tal contenido para plumas más autorizadas que la mía y deberán afrontarla sin demora, pues es tarea que bien se lo merece, y yo me limitaré en mis glosas a la colaboración histórico-

geográfica, y a la poética, además de a la gráfica artística, en la que me muevo con alguna mayor desenvoltura.

El estudio del aspecto histórico-geográfico del río y sus afluentes es la parte que me parece más floja de la obra: no voy a enumerar todos los puntos que creo tratados insuficiente o equivocadamente en ella: basta decir que, por ejemplo, al hablar de Tarteso el autor se queda en las teorías y los trabajos de Schulten —década de los años veinte—, sin analizar las posteriores investigaciones del profesor de historia de la Universidad de Sevilla, don Juan de Mata Carriazo, oriundo de estas tierras del Alto Guadalquivir, que ya entonces discrepó razonadamente del sabio arqueólogo alemán, pero más aún después del descubrimiento del Tesoro del Carambolo, hace pocos años por el mismo profesor sevillano, descubrimiento que ha revolucionado todo el conocimiento existente sobre la cultura tartesia; o se silencian las aportaciones históricas del mismo Carriazo a distintas zonas de la cuenca del Guadalquivir —salvo las alusiones a la Cultura del Algar, del Cerro de la Magdalena—, aunque en las notas bibliográficas se señalan las más importantes producciones del historiador sevillano referentes a esta cuenca. En geografía también cabe notar otra ausencia respecto a cierta razonada teoría sobre el lugar de nacimiento del Guadalquivir, si bien aquí el silencio, hasta en la bibliografía reseñada, tiene una atenuante: la modestia de su origen: se trata de mi «Estudio Geográfico del Alto Guadalquivir»; en cambio se cita otra obra mía menos operante al caso, «Estudios históricos sobre el Adelantamiento de Cazorla».

La selección poética para incorporar al libro tiene muchos aciertos indudables, con bellísimas poesías espigadas de autores de todos los tiempos, y otras selecciones que no lo son tanto. Quizás debiera haber sido más parca la selección de poemas en atención al fin y al lugar para que se destinaba, dada la cantidad de su contenido que debía rimar con la belleza de su presentación tipográfica, sin aspirar a ser una recopilación más o menos exhaustiva, innecesaria para su destino, y que, desde luego, resulta más incompleta, por ejemplo, que «El Guadalquivir en la poesía española», de Pineda No-

vo, que tiene admitida, desde 1976, el Instituto de Estudios Giennenses para su publicación, esperando que le llegue su turno. En cambio no analiza suficientemente el que poetas del Siglo de Oro, como Quevedo y su enemigo Góngora, coincidieran esta vez fijando el nacimiento del Guadalquivir en la Sierra de Segura, error que acusó explícitamente el venerable erudito, ya fallecido, Cronista de estas tierras, don Genaro Navarro, ni se analizó la paternidad del nacimiento por nuestros vecinos de la hermana Quesada, lo que es cierto formalmente desde hace muchos siglos, según demostró mi maestro el profesor Carriazo Arroquia, cuando hizo el estudio histórico de los distintos términos municipales en «El Adelantado de Cazorla», y lo será mientras que cualquier improbable circunstancia futura no favorezca un nuevo deslinde administrativo que cambie tal situación, como puntualizó después otro famoso publicista quesadeño Cesáreo Rodríguez Aguilera, escribiendo textualmente: «...en la parte de la Sierra de Cazorla perteneciente al Municipio de Quesada, en el lugar conocido por las Siete Fuentes, nace el río Guadalquivir «Exposición Zabaleta», Madrid, 1961, pg. 1).

Tampoco esta selección poética resalta las poesías de los tres vates contemporáneos que se han ocupado del tema:

«Río Guadalquivir,  
te vi en Cazorla nacer,  
ahora en Sanlúcar morir».

A. Machado

«...entre estas penas nace  
el que es y será rey de los ríos».

J. y S. Alvarez Quintero, en la lápida de nacimiento

«Alegre Guadalquivir,  
niño de cumplida gracia,  
en su cuna de Cazorla  
por sendas de pinos canta».

Del Profesor-Poeta Rafael Lainez Alcalá

Pero todo esto quiero aclararlo, mas por lo extenso, en otro artículo posterior que pretendo escribir sobre «Las Sierras de Cazorla», Deo volente.

\* \* \*

Aparte cuanto terminamos de escribir hoy, hay otras razones históricas que, desde muy antiguo, fijan indudablemente el nacimiento del Betis romano y Guadalquivir a la vez en la Sierra de Cazorla: por ejemplo: en tiempos romanos se identifica a «Orospeda» como un equivalente al Macizo Subbético actual, que va desde las sierras de Alcaraz y Segura hasta la de Cazorla (pg. 64), pero es más concreto y exacto, por aquellos mismos tiempos, que el «Mons Argentarius» no es, como allí se afirma, Cástulo, y Plinio escribe, acertadamente, que las fuentes del gran río, preferentes a las de todos los otros sus afluentes, proceden del «Saltus Tugiensi» (por el sepulcro ibérico de Toya, junto a Peal de Becerro), hace ya tiempo estudiado magníficamente por Cabré, cuyo «Saltus Tugiensi» hoy está concretado en la Sierra de Cazorla, y no difuminado en aquel Macizo Subbético, que aparece repartido entre tierras de Jaén, Granada, Albacete, Murcia, y hasta en las estribaciones más al sur cuales son las de Almería (pg. 81 del libro ahora glosado). Textualmente dice el geoógrafo romano citado: «El Betis, que surge, no como algunos dicen en la plaza de Montesa (¿Santo Tomé actual?), sino en el bloque boscoso de Turgia, junto al cual nace el río Segura, que riega los campos de Cartagena, tras de atravesar Lorca, hoguera de Scipión, mientras que el Betis, dirigiéndose hacia poniente, busca el océano. La alusión del nacimiento del río comentado a los «Montes de Plata» no podía ser más que Cástulo, porque las minas de piritita de Linares están allí, pero tal afirmación no demuestra más que el desconocimiento de la existencia en la Sierra de Cazorla de las minas de Collado Verde, del mismo mineral, que también fueron explotadas, intermitentemente, desde los tiempos de los romanos hasta estos de ahora.

El otro intento de difuminar, creando confusión al verdadero lugar del nacimiento del Guadalquivir en las fuentes del

Guadalimar por la izquierda, o su equivalente a la del Guadiana Menor (pág. 104), hoy Guadalentín, que dicho sea de paso también nace en la Sierra de Cazorla, pero en cambio se ignora —¿de propósito?— que en mapas antiguos del Adelantamiento, como el del Santo Reino, de autor desconocido hasta ahora, dedicado al prelado D. Francisco Sarmiento de Espinosa (1581-1595), en el de las tierras de Jaén de Ximénez de Jurado (1604), y en el del Adelantamiento de Cazorla, realizado por D. Tomás López, geógrafo de los dominios de Su Majestad, según manuscrito de D. Francisco-Manuel de Torres y Cobos (1787), se fijan con exactitud el nacimiento del río Guadalquivir en su verdadero lugar de la Sierra de Cazorla.

A mi juicio, dicho sea con todo respeto, se trata de susstraer la cuna del Guadalquivir a nuestra sierra cazorleña, intento no justo pero tampoco original, porque el nacimiento de los grandes ríos como el de los grandes hombres se lo han disputado por muchos siglos los distintos pueblos.

El autor de las páginas histórico-geográficas del libro ahora en cuestión, trata de justificar su errónea tesis escribiendo literalmente: «el candidato menos considerado por los antiguos como «Fuentes del Guadalquivir», en el que coinciden todos los autores antiguos, vino a ser esa piedra desechada por los arquitectos, que quedó convertida en arco, siguiendo la frase evangélica. No podía ser, dado el carácter eclesiástico arzobispal que tuvo la reconquista del Adelantamiento»... «El río «degradado» a Guadiana Menor, como «el cristiano nuevo» advenedizo, no tuvo más remedio que «unirse» poéticamente a la geografía redimida por el Rey Santo, con silenciosa modestia del afluente, también hasta nuestros días y para siempre (página 88), con lo que no sólo se comete una inexactitud y una descortesía contra Cazorla, sino también contra la Mitra Toledana, y contra el Rey, que además de Rey fue Santo».

\* \* \*

En la página 48 del libro ahora comentado, comienza a ocuparse el desafortunado geógrafo-historiador del libro de la

Confederación de «El moderno Guadalquivir». Dicho colaborador no ignora que en principio se considera rama principal de un río, al recibir éste un afluente, aquella que con caudal permanente —no precisamente constante— presenta menos pendiente, o, lo que es lo mismo en general, la más larga en sus cauces prolongado, conforme se aleja de su origen, un perfil en curva más suave, más plana (pg. 91). Pero para él sigue «quedando históricamente el nacimiento, al final de su trabajo, en el justo medio geográfico y geométrico de ambos extremos: un Alto Guadalquivir oficial, nacido entre las Sierras de Cazorla y el Pozo (pg. 91), pero añadiendo al perfil longitudinal el del Guadiana Menor, que es en la mayor parte de su recorrido —ya que hay trozos de excepción— más alto, o sea menos significativo que el Guadalquivir (pg. 93), y que en el criterio del perfil longitudinal, al trazar sucesivos arcos de ambas corrientes en el punto de su confluencia, inmediatamente se advierte que el Alto Guadalquivir, aún más corto, tiene de entrada un cauce más bajo, más maduro, más hecho, más importante, en suma, al parecer (pgs. 93-94), y que superando grandes suposiciones históricas-geográficas, el Guadalema, el Guadalquivir histórico y el Guadiana Menor, tienen un nacimiento que no es único, sino plurar: el Guadalquivir técnico, el Guadiana Menor (pg. 104) y el Guadalimar. Más difuminado y confuso no puede quedar la cuestión.

\* \* \*

Quédame ya para terminar este ya demasiado artículo decir que, además de su significado como eje fluvial que se le reconoce, de toda Andalucía —¡no podía ser por menos!— no queda más razón que reconocer que el libro en cuestión lo considero dentro de la bibliografía cazorleña. Cazorla tiene multitud de motivos para gozar de fama fuera de los límites de su comarca: la historia de su singular Adelantamiento; sus muchos restos arqueológicos —Toya y Bruñel, por ejemplo— y monumentos —Castillo de la Yedra y Ruinas vandelvescas de Santa María—; la riqueza documental de los archivos his-

tóricos que aún se conserva; la belleza de su paisaje, etc., etc., pero todo ello son factores conocidos por minorías eruditas o por visitantes curiosos. Por lo que Cazorla es más conocida, hasta en el extranjero y hasta por los niños de las escuelas, es porque en su Sierra nace el río Guadalquivir. Por eso, el Guadalquivir, siendo un accidente geográfico de renombre universal, es a la vez, un factor principal en la existencia de Cazorla.

Y siendo Cazorla y su tierra parte integrante del Santo Reino, considero equivocado el criterio de algún erudito jienense que dice que el Guadalquivir poco tiene que ver con la vida y la cultura giennenses. También un limitado número de personas cultas conocen la belleza monumental de sus ciudades —Baeza y Ubeda, por ejemplo—, de su capital —catedral, castillo de Santa Catalina—, la riqueza de sus archivos catedralicios, de protocolos y municipales, las hazañas de las más decisivas batallas para la historia de España —Las Navas y Bailén—, su riquísimo y singular Museo de Arte y Arqueología, etc.—. Pero a toda persona culta y todo escolar de primera enseñanza que haya repasado la geografía nacional sabe que la Sierra de Cazorla es la cuna del Guadalquivir, que pertenece a la provincia de Jaén, y que la sierra y el río pregonan el nombre de Jaén por el mundo entero, sin más competición, en esta tarea, que la de los famosos olivares, ubérrimos y ahora desgraciados, plateados, que por todas partes pueblan nuestros campos, según cantaban los Machado.

\* \* \*

Y aquí doy por terminada esta mi colaboración, pidiendo, como los dramaturgos clásicos, al final, perdón por sus muchas deficiencias.